

ranía mayor, esclavitud más cruel? Siempre leo con asombro aquella sentencia que profiere el Espíritu Santo en el profeta Oseas, aquel fallo decisivo, que debiera hacer temblar á cualquiera que esté herido de este veneno mortífero: *Non dabunt cogitationes suas; tu revertantur ad Dominum, quia spiritus fornicationis in medio eorum est*: No pondrán su pensamiento jamás en convertirse al Señor, porque habita en medio de ellos el espíritu de fornicación. Allí estarán clavados con clavos de hierro; allí estarán ligados con cadenas de bronce: estas cadenas eran las que tenían cautivo y esclavo de su pasión al grande Agustino y de las que se lamentaba amargamente, viéndose atado de piés y manos. De la voluntad perversa, dice este gran santo y gran penitente, de la voluntad perversa se engendra en mí el gusto á la lascivia; sirviendo á la lascivia se formó el hábito y la costumbre; y no resistiendo á esta costumbre y hábito inveterado, vine á quedar como necesitado y forzado á seguir los impulsos de la carne.

Como por este vicio desenfrenado, hambriento é insaciable se desordenan todas las facultades del hombre, segun enseña el ángel de las escuelas, se pierde la rectitud del juicio, se apaga la luz de la prudencia, se eclipsa el rayo de la fé, desfallece la esperanza, y se sigue un trastorno general en todas las potencias, el entendimiento se ciega, la memoria se enflaquece, la voluntad se esclaviza y toda la máquina espiritual y moral se descuaderna; no queda lugar á pensamiento serio, á discurso reflexivo, ni á afecto alguno que tenga visos de racional y de humano. No parece sino que este sugeto es ya un sér de otra naturaleza, que más tiene de insensible que de viviente. Es un hielo que nunca se deshace, una nieve que nunca se liquida, un plomo que nunca se derrite, una piedra que nunca se ablanda, y un diamante durísimo que resiste á todo golpe de martillo. Solo se ablanda, se dobla, se deshace, se liga y se derrite al calor del deleite que le infatúa, al vino que le embriaga, y al objeto vil é infame que le enajena y saca de juicio. Allí tiene el corazón asido y aprisionado con nudos indisolubles, y la muerte misma no es capaz de romper los lazos de su pasión torpe. Que Dios haya anegado el mundo por la torpeza; que haya llovido azufre y fuego sobre las ciudades nefandas; que cada día fallezcan disolutos en el logro mismo de sus placeres; que el cielo amenace; que la tierra tiemble; que el mar brome y se enfurezca; que la ira de Dios haga amagos de querer reventar á la parte de afuera; todo esto es una cosa muy fria para el lascivo y una batería de arena para abrir brecha en una muralla de bronce. ¿Qué mayor infelicidad puede darse? ¿Qué estado más de-

plorable? Carísimos hermanos míos, ya habeis visto los estragos de este monstruo; no os hagais esclavos de esta pasión vergonzosa; concebid el horror que merece un vicio tan vil y tan infame. Huid las ocasiones, refrenad los sentidos, empleaos en ejercicios honestos y devotos, en la lección de libros santos y edificantes, en frecuentar los sacramentos y en pedir continuamente al Señor que os dé un fuerte grito como á Lázaro y os resucite á nueva vida, os conceda el don de la castidad, la pureza de cuerpo y alma, y su gracia poderosa para amarle y servirle en esta vida, y despues verle y gozarle en la otra.

Véase: IMPUREZA y SENSUALIDAD.

LLAMAMIENTOS DE DIOS; véase: AVISOS,—INSPIRACIONES.

MADRES.

(DEBER DE LAS)

Defunctus efferebatur, filius unicus matris suae.

Sacaban á enterrar á un difunto, hijo único de su madre.

(Luc. vii, 12.)

San Lucas, en las palabras que acabo de citar, refiere la resurrección del hijo de la viuda de Naim. No trataré de presentaros este milagro como una nueva prueba de la divinidad de Jesucristo, ni os haré notar los caracteres evidentes de autenticidad de que semejante milagro se halla revestido. Lo que importa es, primeramente reconocer en la resurrección del hijo de la viuda un acto de bondad y de caridad; luego acordarnos de que lo que Dios ha hecho con el cuerpo, puede hacerlo y lo hace todos los días con el alma; y por último, formarnos el propósito de pedirle para nosotros y para nuestros hermanos esta gracia, cuantas veces conozcamos que necesitamos de ella.

Ante todo, conviene que reconozcamos en la gracia que el Señor otorga á la viuda de Naim un acto patetísimo y tan gratuito como

podemos imaginarlo. En efecto, el Salvador resucita al adolescente que ni dirigirle podía la menor súplica. Tampoco la pobre madre pedía cosa alguna; no hacia más que llorar, y, sin embargo, el Señor, movido á compasión, la consuela y le devuelve su hijo. Ved aquí, hermanos míos, pintado de un solo rasgo el corazón de Dios. ¡Cuán claramente se descubre en este acto de ternísima piedad á Aquél que se hizo semejante á nosotros para compadecernos y consolarnos más de cerca! El Salvador, sin despojarse de su naturaleza y capacidad divinas, quiso padecer humanamente, y descendió hasta el sufrimiento de aquellos dolores que están en el orden de nuestra naturaleza. Su corazón tuvo toda la grandeza y generosidad necesarias para sentir, hasta el mayor extremo, la fuerza de los males y quebrantos que afligen á la humanidad. Siguiendo empero la senda trazada por nuestro Evangelio, voy á presentárosle particularmente como amigo y consolador de las madres, y al propio tiempo os presentaré la madre como auxiliar de Dios en la salvación del hombre, que es la verdadera resurrección. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Como he dicho poco há, el adolescente á quien Jesucristo resucitó no era más que un cadáver, y por consiguiente, nada podía pedir: la desconsolada madre tampoco pedía cosa alguna. En un estado semejante se hallaban la mayor parte de los hombres, cuando Dios se dignó otorgarles el don gratuito de la redención. El Señor misericordioso fué en busca del pobre y silencioso cautivo, y le entregó el precio de su rescate. Este precio es la sangre de Dios, y el acto, por el cual pagamos nuestro rescate con esta preciosa sangre, es el bautismo. Por consiguiente, el sacrificio y el sacramento operan nuestra resurrección. El hijo de la viuda resucita, lo cual dependía de Dios y del llanto de la madre; pero, ahora es menester que se levante, que no se quede en el féretro, y esto no depende más que de él.

Antes que Dios diera su sangre é instituyera el sacramento del bautismo, el hombre padecía en silencio. El género humano, como la viuda de Naim, ignoraba la presencia del gran reparador; y si había entre los gentiles algunas almas que sentían la opresión de sus ataduras, y veían en nuestros males y debilidades los indicios de una caída anterior, con todo, sus ideas acerca de esto eran muy confusas; padecían, temían, suspiraban, pero, sin proferir ninguna súplica fundada en una esperanza sólida, y sin divisar el término de sus angustias. Posteriormente, Dios vino á nosotros y nos dijo: no lloreis, porque yo he llorado por vosotros lágrimas de sangre, y he querido librar á vuestra alma de todos sus dolores, purificándola de todas sus impurezas. Ac-

tualmente, hermanos míos, todos sabemos adonde vamos; sabemos lo que debemos temer ó esperar, lo que ha hecho Dios para levantarnos de nuestra caída y lo que debemos hacer nosotros para no volver á caer; y si en los primeros días de nuestra vida ignoramos nosotros estas cosas, sábenlas nuestras madres que, como la viuda de Naim, sirven de intermediarias entre sus hijos y Dios.

¡Oh Dios mío! cumplida está vuestra palabra: «Parirás los hijos con dolor.» ¡Cuántas lágrimas hacemos derramar á nuestras madres! Y no es solo su pobre cuerpo el que padece, no; pues toda madre cristiana, en medio de la alegría con que abraza al recién nacido, se ve asaltada de la más cruel inquietud. Si mi hijo querido, debe pensar, llegase á morir ántes de recibir el bautismo, quedaria para siempre privado de la vista de Dios. Por tanto, no es de extrañar la impaciente solicitud con que esa hija de Jesucristo, apenas el tierno infante puede soportar la impresión del aire y del movimiento, apresúrase á presentarlo á la puerta del templo, al vestíbulo del cielo. Ella también ha llorado, como la viuda de Naim; pero, desde la promulgación de la nueva ley, todas nuestras lágrimas tienen un sentido y una significación bien determinadas: lágrimas de arrepentimiento, lágrimas de temor, lágrimas de compunción, son la expresión de otros tantos sentimientos y afectos encaminados á aquél Dios, que se ha dignado darse á conocer á nosotros en la persona de su Hijo. Hasta las lágrimas que derramamos por los muertos tienen una expresión particular de tristeza ó consuelo; porque si estamos, en lo posible, seguros de la salvación de aquellos que se han separado de nosotros, entonces esas lágrimas llevan consigo su lenitivo; lloramos, no por los que murieron, sino por los que todavía vivimos, y nuestro pesar viene á ser la manifestación de nuestros deseos y de nuestra esperanza, cifrados en la pronta llegada de la hora de nuestra reunión, cuya tardanza nos entristece. Si, por el contrario, tememos con fundamento por la salvación de aquel á quien tanto amamos, en tal caso, la amargura de nuestro llanto es otra manifestación de nuestra fé. Pero, volviendo á nuestro anterior propósito, la madre del recién nacido acompaña sus lágrimas con la oración. Dios mío, dice, ya que habeis formado en mi seno una criatura vuestra; ya que me le habeis dado para que yo á mi vez le dé todo cuanto tengo, mi leche, mi sangre, mi corazón, mi esperanza, mis deseos y mi fé, os ruego encarecidamente por el hijo de mis entrañas y por mí, que así como nos habeis reunido en la tierra, nos reunais algún día en vuestra celestial morada. Conozco vuestra ley, oh Dios Salvador, la conozco y la adoro, porque es una ley de amor. Ya sé que, si por vuestra infinita bondad habeis hecho á este

tierno niño capaz de gozar de la felicidad eterna, por una razon de justicia quereis que acepte esta felicidad ; pero, él no puede hacerlo por sí mismo hasta tanto que os conozca y sepa apreciar el valor de tan grande beneficio ; entre tanto, ya que vos os dignais aceptar mi palabra por la suya, ya os la doy por él, oh Dios mio : concededme tan solo el tiempo necesario para depositarla en manos de vuestro ministro y testigo.

Y esta promesa, hermanos míos, es aceptada : efectúase la segunda resurreccion, y cúmplase nuevamente la divina palabra : «La mujer quebrantará la cabeza de la serpiente.» Ya sé, oyentes míos, que en esta parte, los deberes de los padres son iguales y aún, á veces, más rigurosos que los de las madres, por cuanto su olvido, su negligencia y sus imprudentes dilaciones no pueden tener por excusa el gran dolor físico que acompaña al parto, y la postracion que le sigue. Si, pues, os hablo de estas más particularmente que de aquellos, no es porque quiera hacer distinciones que la ley no admite, sinó porque considero la naturaleza tal cual es, y los hechos como por desgracia los vemos con harta frecuencia. Si, hermanos míos, es una vergüenza, un escándalo, una impiedad y hasta una crueldad lo que en este punto se observa ; pues sucede muchas veces, que la pobre enferma á quien tanto conviene la quietud y el sosiego, tiene que prevenirlo, disponerlo y ordenarlo todo, agitando su espíritu y su cuerpo de una manera muy perjudicial á su delicada situacion. Esto, que por sí solo forma el elogio de la mayoría de las madres, es una mengua para muchos padres que hasta tal punto olvidan los sagrados deberes de su estado.

Cuando pecamos mortalmente, volvemos á incurrir en la muerte. Esta muerte, hermanos míos, no lo olvideis, es de nuestra parte enteramente voluntaria : pues, por grande que sea la fuerza de la tentacion, siempre somos libres de resistir á ella, para lo cual nunca nos falta el auxilio de Dios. De aquí se infiere, que el pecado mortal es un suicidio de que debemos dar cuenta á Dios, y que el relajamiento ó la perversion de nuestra voluntad necesitan por reparacion una voluntad contraria, cuyos caracteres sean la firmeza y la santidad. Buena voluntad y arrepentimiento, voluntad firme y resolucion para confesar ingénuamente los pecados, son los caracteres que constituyen la buena confesion. Así pues, para resucitar, únicamente se requiere valor y franqueza para decir : He muerto ; me he quitado la vida ; he delinquido ; no quiero volver á delinquir. Mediante estas condiciones, Dios nos dice : *Surge*, levántate ; y somos libertados de la muerte.

2. En esta parte, hermanos míos, la madre cristiana goza tam-

bien de una influencia y de un poder grandisimos. Como custodio vigilanté y celoso que es de su hijo, sabe todas ó casi todas sus propensiones y debilidades, y por consiguiente ella debe servirle de guia en el exámen de su conciencia. Es menester, pues, que le recuerde todas sus faltas y que le interrogue acerca de las que tal vez ignore, valiéndose al efecto del conocimiento que tiene de su carácter, de sus costumbres, y compañías. Nadie mejor que ella puede excitar y confirmar el arrepentimiento de su hijo, diciéndole, por ejemplo : «Hijo mio, ya sabes cuánto te quiero. Tú tambien me has dicho muchas veces que me quieres : pues bien, si es verdad lo que me dices, es necesario que me lo pruebes portándote de manera, que pueda amarte siempre, y que no nos separemos nunca, ni aún despues de la muerte. ¿De qué te servirian mi amor y mis desvelos, si solo hubiesen de proporcionarte algunos años de felicidad terrenal ? Pues sabe, hijo mio, que Dios te separará de mí, si haces lo que te prohíbe y dejas de hacer lo que te ordena, y en vez de ser felices tendremos que llorar nuestra separacion. Ahora conocerás cuán malo é imprudente eres. Si Dios en este instante, ántes de confesar tus pecados al confesor, te llamase á sí para juzgarte, ¿adónde iria tu alma, hijo mio, adónde iria ? ¿Qué pesar tan grande no darias á tu madre ! No solo lloraria tu condenacion eterna, sinó que yo misma me acusaria de tu desgracia, y acaso Dios tambien me acusaria de ella, por no haber sabido encontrar el camino de tu conversion. Tal vez me diria que soy una mala madre, porque es imposible que un hijo sea ingrato, rebelde y desobediente cuando su madre quiere y procura que sea bueno.»

Madres cristianas que me escuchais, mi lenguaje debe pareceros muy poco enérgico y persuasivo. Y en verdad, yo no soy capaz de ponerme á la altura de vuestra teología maternal. Vosotras teneis otros argumentos más eficaces ; vosotras, con el convencimiento de las verdades íntimas y con la elocuencia del amor y del temor, sabeis impresionar y conmover de una manera particular los tiernos corazones de vuestros hijos. Pero, hay en la preparacion doméstica del niño para la comunión un punto muy importante, y que por lo mismo no debe echarse en olvido. Es menester que la madre considere tres cosas. Primeramente, ella puede perdonar sus propias ofensas, mas no las ofensas hechas á Dios, las cuales solo pueden ser perdonadas por el confesor, á quien Dios ha dado el poder de remitir los pecados ; de donde se infiere, que el perdón de la madre es siempre insuficiente, por cuanto el que la ofende, ofende tambien á Dios. En segundo lugar, la madre tiene depositada toda su confianza en el hombre revestido de un carácter sagrado que ha de oír la confesion de su hijo, ¿y

podrá este hombre ser mejor juez que ella, ilustrada por la experiencia y guiada por la tierna solicitud del amor maternal? Por último, prescindiendo de esta razon del orden natural, el sacerdote merece más confianza que la madre, porque no puede por ningun motivo, sin cometer un pecado de sacrilegio, revelar lo que se le confía en el tribunal de la penitencia. Encargado de la direccion y de la salvacion de las almas, tiene para con ellas una solicitud semejante al amor maternal, presto que él les da la vida espiritual y es el agente de su resurreccion; y por otra parte, libre de la influencia de todo interés humano, teniendo por única mision corregir y absolver en secreto, y no teniendo que dar cuenta de sus actos mas que á Dios, solo á Dios comunica lo que pasa en este proceso de conciencia. Esta es la ley, ley absoluta y que no admite excepcion.»

Despues de esta preparacion, el niño, convencido y persuadido por los consejos de su madre, enteramente conformes con las instrucciones del catecismo, se purificará frecuentemente, con toda la frecuencia posible para llegar tranquilo, confiado, dichoso y puro al dia de la primera comunión. Este dia, hermanos míos, confirma la vida del alma. Por la primera vez descende entonces Jesucristo corporalmente á nuestro cuerpo muerto, *et tetigit loculum*; descende á nuestro féretro y lo llena de su vida todopoderosa; y así como por la confesion somos resucitados, con el pan de vida somos alimentados y fortalecidos, á fin de que el adolescente tenga la fuerza necesaria para recorrer el camino de su nueva vida: *in novitate vitæ ambulemus* (Rom. vi, 4).

Pronto, demasiado pronto, por cierto, llegará la hora de la responsabilidad civil, la hora en que la sociedad declara que el niño se ha convertido en hombre. Mas, aunque los padres pierdan entonces ciertos derechos que les conferia la ley humana, la ley moral y religiosa queda inalterable: esta ley, al imponer á los hijos el tributo de deferencia, respeto y sumision racional para con sus padres, y á éstos el deber de procurar la felicidad espiritual y temporal de sus hijos; no hace distincion de tiempos ni de ocasiones. Aunque el mandato puede mudarse en consejo, y la experiencia de la juventud puede quizás alguna vez deliberar y discutir con la experiencia de la ancianidad, sin embargo, la autoridad, el poder ha de quedar siempre intacto en manos de los patriarcas; pues que con la edad el padre ha crecido en sabiduría, la madre no ha disminuido en amor; y el hijo, al llegar al peligroso período de la juventud, necesita más que nunca los auxilios de la solicitud paternal.

Pero, preciso es confesarlo: los hijos (hablo en general), se emanci-

pan por sí mismos de la manera más deplorable. Puede decirse que se libertan de la libertad de los hijos de Dios, y se emancipan de la misma emancipacion. ¿Y qué es entonces de la autoridad y de la mision de madre? La pobre madre llora, suplica, espera, aconseja cuando puede; todos sus deberes con respecto á su hijo quedan reducidos á uno solo, que es la perseverancia; perseverancia en la oracion, perseverancia en el consejo, perseverancia en la solicitud y en el amor. Es menester que la madre vigile sin cesar á ese imprudente emancipado, y busque constantemente la ocasion de volverle al buen camino. Sobre todo, es menester que no desespere nunca, nunca jamás, hermanos míos, porque nadie puede medir la misericordia de aquel Dios que resucita los muertos. El hijo de la viuda habia muerto y era llevado á la sepultura; y, sin embargo, su madre le seguia, no por el simple deseo de acompañarle á su última morada, sino porque era madre suya, porque, segun aquellas adorables palabras del Evangelio *et dedit illum matri suæ*, aquel hijo le pertenecia; porque tenia derecho sobre aquel cadáver amado, y queria, por decirlo así, disputárselo á la tierra. ¿Y qué sucedió? Que Dios mismo vino en auxilio de aquel amor tenaz, y devolvió el adolescente á su madre.

Así pues, oh mujeres cristianas, vuestros son los hijos que Dios os ha dado, y solo el pecado y la impenitencia final pueden quitároslos. Pero vosotras no podeis saber si esta impenitencia les acompaña hasta el tribunal de Dios; porque por rápido que sea el tránsito de la vida á la muerte del cuerpo, la gracia de Dios, todavía más rápida, puede descender como el rayo al corazón del hombre endurecido, y cambiar para él en la expiacion temporal del purgatorio las penas eternas del infierno. Orad, pues, vosotras que estais todavía en este mundo, orad por aquellos que han pasado á la otra vida; rogad á Dios que alivie sus penas y apresure su resurreccion en la gloria de Jesucristo. Y vosotras, oh madres que estais en los cielos, seguid cumpliendo vuestra mision tutelar; rogad, interceded para que nuestro Señor os dé estos hijos vuestros, y para que diciéndoles: levantaos, *tibi dico surge*, se levanten efectivamente y vuelen á reunirse con vosotras en la gloriosa morada, donde reina la mejor y más tierna de todas las madres.

DIVISIONES SOBRE EL MISMO ASUNTO.

MADRE.—Una buena madre es una de las principales gracias de una familia cristiana.

Por muy buena que sea una madre con sus hijos, no es buena madre cuando se cuida más del mundo que de su familia.

MADRE.—Una madre debe estar siempre inquieta, sin perder la gracia de la tranquilidad.

Una madre debe triunfar, no ménos por su condescendencia, que por su firmeza.

Una madre debe ser tierna sin menoscabo de su generosidad.

MADRE.—Una madre debe reconocer la ofrenda que hizo de sus hijos.

Una madre debe ser justa en compartir por igual su corazón entre sus hijos:

Una madre debe ser modelo en las virtudes que enseña á sus hijos.

MADRE CATÓLICA; véase: MUJER: *su influencia considerada como madre.*

Véase: EDUCACION DOMÉSTICA.

MAESTROS y MAESTRAS; véase: ESCUELAS y EDUCACION RELIGIOSA.

MAGDALENA.

(CONVERSION DE LA)

Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum.

Le son perdonados muchos pecados, porque ha amado mucho.

(LUC. VII, 47.)

Esta es la respuesta que dió el Salvador del mundo al fariseo, hablando de la mujer pecadora, cuya conversion nos propone hoy el Evangelio: y yo me valgo de ella, no para hacer el elogio de esta ilustre penitente, sino el del amor que la hizo santa. El desórden de la Magdalena consistió en haber amado mucho; y con mudanza visi-

ble de la diestra del Altísimo, en haber amado mucho consistió su santidad. Su amor la hizo esclava del mundo, y, por un efecto maravilloso de la gracia, su amor la hizo predestinada y esposa de Jesucristo. Lo que habia sido su culpa, fué su justificacion: y el amor puro de su Criador fué el remedio eficaz que la curó en un momento del amor impuro y profano de la criatura. Milagro del amor de Dios, de que intento tratar en este discurso. Milagro que Dios, por providencia singular, quiso hacer público, para que los pecadores del siglo tuviesen en este ejemplo un motivo poderoso de confianza y un ejemplar perfecto de penitencia. Un poderoso motivo de confianza, para no caer en desesperacion, por distantes que se hallen de los caminos de Dios: un perfecto ejemplar de penitencia, para no dar en una presuncion peligrosa, fiándose de la misericordia de Dios. Porque con esta ocasion pudiera yo, con razon, decir á un alma mundana, atormentada de los torcedores de su conciencia, lo que san Ambrosio dijo al emperador Teodosio: *Qui sequutus es errantem, sequere penitentem.* Este santo obispo hablaba de David, y yo hablo de Magdalena, y os digo: si habeis tenido la infelicidad de seguir á esta pecadora en los desvarios de su vida, y no os aprovechais de su ejemplo, ¿qué se debe, ni se puede esperar de vosotros? Veamos, pues, por qué camino consiguió su conversion, y cómo se portó despues convertida; pero imploremos ántes el socorro del cielo por la intercesion de la Madre de Dios. A. M.

1. El pecado de la Magdalena fué su orgullo y su amor propio; una interior idolatría de sí misma, y una ambicion detestable, no solamente de ser amada, sino adorada. Ella no fué licenciada sino porque fué vana y amante de sí misma con exceso. Pero el amor divino que penetró su corazón, supo muy bien vengar á Dios de uno y otro: porque en lugar de aquel amor propio que la cegaba, la infundió un odio santo de sí misma; y en lugar de aquel orgullo, del cual habia formado su pasion dominante, la inspiró una humildad muy profunda.

Amó la Magdalena; y por consecuencia necesaria empezó á aborrecerse á sí misma: porque sin aborrecerse á sí, ¿cómo hubiera podido amar á Dios? Amando á este Dios de pureza y santidad, y no hallando en sí misma sino corrupcion y desórden, ¿cómo pudiera dejar de concebir, no solamente el desprecio, sino el horror de sí misma? Y con este horror, ¿cómo pudiera dejar de practicar desde luego lo que al parecer no era propio sino de unas almas ya perfectas? Pero ella juzgó, que á nadie le convenia mejor que á una pecadora el desasirse de sí, y negarse y morir á sí misma. ¿Cómo pudiera dejar